

El pícaro del sur*

Comentaba recientemente Bernard Lewis en una entrevista con el editor mexicano Enrique Krauze que las fallas principales en el acceso del mundo islámico a la modernidad eran, en su opinión, el trato a las mujeres y la difícil secularización de un mundo sacralizado. De ambos condicionantes nos dice mucho la obra literaria del marroquí Mohamed Chukri (1935-2003), autor de una trilogía autobiográfica que le ha supuesto el dudoso honor de ser condenado a muerte, del mismo modo que Salman Rushdie y Naguib Mahfuz, por el fanatismo integrista. No en vano, siempre que podía, Chukri hacía referencia en público a la navaja de grandes dimensiones que guardaba en el bolsillo: «me llevo conmigo a un par de esos locos, no voy solo al cementerio». Chukri sabía perfectamente que en el mundo musulmán no es planteable la separación entre religión y Estado, lo que da lugar a una proliferación de tabúes que merman la libertad de expresión: «Sabemos muy bien que la literatura clásica árabe era más libre que la actual. Ahora la religión lo ha matado todo», afirmaba meses antes de

su muerte. Por otro lado, el trato dado a las mujeres en la civilización musulmana afecta a todos y cada uno de los individuos de esa sociedad: «La mujer siempre ha vivido lejos de mí: o es sagrada y no se toca o se mancilla y ultraja».

La cuestión es que nada es sagrado en los libros de Mohamed Chukri, quien, en palabras de Juan Goytisolo, plasma por escrito la realidad excluida por la codificación literaria, lo cual «implica en consecuencia una aventura liberadora tanto en el campo de la moral como en el del lenguaje». Esa aventura comienza en 1972 con *El pan desnudo*, prohibida en su país durante diecisiete años, continúa en los noventa con *Tiempo de errores* y cierra un ciclo con *Rostros, amores, maldiciones*, último editado en España. El carácter autobiográfico y confesional de la escritura de Chukri, excepcional en la tradición árabe, se revela como paulatina redención para quien a los veinte años era todavía prácticamente analfabeto. Leemos en *Rostros, amores, maldiciones*: «Hay que evocar los recuerdos de las alegrías o tristezas a través de la imaginación creadora, esa maldita. Lástima del escritor que carezca de ella. La escritura que seduce lleva el secreto en su encanto o en su abandono. Y contra los que se irritan con nuestra escritura, los que no nos dejaron crecer de forma natural, porque son unos necios, nos secuestraron nues-

* Mohamed Chukri, *Rostros, amores, maldiciones*; traducción de Housein Bouzalmate y Malika Embarek López, Debate, Madrid, 2002, 140 pp.

tra infancia, nuestra juventud y toda nuestra vida, nuestra revancha será vencer con la creatividad los malos tiempos que nos hicieron vivir». A diferencia de otros escritores, Chukri no se marchó de Marruecos porque éste era el único lugar del mundo que podía nutrir su escritura. Desde Tánger ejerció esa revancha de la creatividad fundamentada en la memoria de una vida en la calle y en los laberintos nocturnos de la delincuencia, el alcohol, la miseria y el tráfico sexual. Coleccionista de muñecas rotas, Chukri escribe una autobiografía novelada a modo de Bukowski, John Fante o el cubano Pedro Juan Gutiérrez.

En *El pan desnudo*, Chukri realiza un relato descarnado de su infancia y adolescencia en el Rif ocupado por los españoles, una de las regiones más miserables y rebeldes. También su peregrinaje hasta Tánger, ciudad cosmopolita vivida por Chukri desde la perspectiva a ras de suelo de los limpiabotas, de los vendedores de tabaco de contrabando, de los que trapichean con quif y se prostituyen con los extranjeros. Una infancia la suya marcada por el estrangulamiento de su hermano pequeño a manos de su padre. El pícaro analfabeto realiza un extraordinario esfuerzo para convertirse en escritor y poder relatar su vida, comenzando por realizar sus estudios en Larache, donde entra en contacto con la literatura. Este peregrinaje espiritual constituye el argu-

mento de *Tiempo de errores*, su segunda entrega, escrita también en primera persona para explicar su «caso» desde una posición que se adivina en *Rostros, amores, maldiciones* semejante a la de Lázaro de Tormes al final de su explicación: en la irónica cumbre de toda buena fortuna.

Efectivamente, *Rostros, amores, maldiciones* supone, tras la lectura de las dos novelas anteriores, la calma tras la tempestad. Chukri realiza el retrato de quince personajes cuyo hábitat ocupa la geografía nocturna de Tánger: «La porquería humana no es exclusiva del retrete. Esto significa que el ser humano, desde que es ser humano, si no adolece de alguna enfermedad, física o mental —o ambas— no es normal». A diferencia de los dos relatos anteriores, Chukri parece reconciliado consigo mismo y con la ciudad que le vio crecer. Aunque afirma encontrar extremas dificultades en escribir sobre gente que conoce bien, Chukri hilvana un retrato de la Tánger nocturna con quince rostros distintos, todos ellos bordeando la marginalidad y la miseria. Pero a diferencia también de los dos libros anteriores, los personajes bordean esa marginalidad sin llegar a caer del todo en ella: algo les redime. El autor da cuenta de ello desde la implicación en sus vidas, integrándose en el relato como narrador, adoptando un punto de vista de personaje secundario. Fati, la camarera

del bar de Granada, que recitaba detrás de la barra versos clásicos árabes; Alal, un abnegado heredero capaz de arriesgar lo indecible para no compartir ese rango; Baba daddy en su bar decorado con temas pugilísticos; Magdalena en la habitación de su casa, casi en ruinas; Hamadi, el jugador al que no le importa la ganancia sino el placer de ganar; Farid y su monólogo interior con un pequeño pez negro; Mónsef y su obsesión como historiador de la muerte; Véronique embutida en sus ceñidos pantalones y el propio Chukri son algunos de los personajes que discurren por esta galería de retratos que conforman un submundo tan decadente como intrincadamente humano.

Escrito, a pesar de todo, desde la nostalgia de la vida nocturna de Tánger, el libro supone la desaparición, una vez más, del sentimiento de culpa. La experiencia supera por fin al arrepentimiento y Mohamed Chukri aparece encumbrado en la estabilidad, ejerciendo de mero testigo y planteando en ocasiones actitudes de compromiso ante el problema de la inmigración (vista desde la orilla de partida), o la situación de la mujer en la cultura islámica.

La trilogía autobiográfica de Chukri ayuda a situar la literatura árabe más allá de los aspectos pintorescos y mediáticos que aún dominan en nuestra percepción. Como escribía su traductora recién-

temente: «Las ambientaciones de las mil y una noches, las dunas del desierto, la sumisión de la mujer, el velo, la inmigración clandestina, el integrismo religioso o el 11 de septiembre, son registros temáticos que importan pero que no le permiten al escritor árabe inscribirse en ese ámbito que reivindica Carlos Fuentes para sus homólogos en su ensayo *Geografía de la novela*, ese territorio situado más allá de sus nacionalidades, en la tierra común de la imaginación y de la palabra». La apuesta narrativa de Mohamed Chukri, tanto en sus aspectos morales como lingüísticos, supone un desplante radical a los tabúes y registros literarios de la tradición árabe.

Si hasta el Nobel concedido a Naghib Mahfuz en 1988 apenas si se había traducido al español a Tahar Ben Jelloun, en los últimos años contamos con una amplia oferta de traducciones que nos abre el acceso a una narrativa que pudiendo ser para nosotros tan cercana como la portuguesa, es aún más desconocida. Que este viaje en compañía de Chukri por la decadente y peligrosa nocturnidad de Tánger, «quizá la última ciudad andalusí del planeta» en palabras de Javier Valenzuela, sea un nuevo punto de partida.

Jaime Priede

El quinto infierno*

Las golondrinas a las que se refiere el título de esta novela simbolizan a las mujeres afganas de la burka –la humillante túnica que esconde sus rostros detrás de una careta de red–, «fantasmas sin voz ni encantos, que cruzan por las calles sin rozar la imaginación; bandadas de golondrinas decrepitas, azules o amarillas, descoloridas muchas veces, que llevan varias estaciones de retraso y emiten un taciturno sonido cuando pasan cerca de los hombres».

Es la oscura época de los talibanes, y Atik Shaukat, uno de los cuatro protagonistas del relato, «dejando de lado el de su mujer [...], lleva años sin ver un rostro femenino». En realidad, aquel «taciturno sonido», y sus distintas modulaciones, constituyen la música de fondo de un libro que más bien se «escucha» que se lee, al estilo de los viejos cuentos orales, donde el ritmo de la voz que cuenta y seduce, es tan transparente como el material contado, lo que se «canta».

De esta doble transparencia nace una pequeña joya literaria con tres engarces principales, tres virtudes o gemas que son: la modestia, la honestidad y la verdad –de la narra-

ción y del autor (y no *autora*, puesto que la supuesta Yasmina Khadra que firma la obra no es «otra» en realidad que el ex comandante del ejército argelino Mohamed Moulessehoul, quien con este pseudónimo empezó a protegerse en su país de las más que probables represalias por parte del gobierno de Argel, y que así ya tiene publicados cuatro libros en castellano, incluido éste, en la misma editorial: Alianza).

«Allá por el quinto infierno [...] ha nacido nuestra historia, de la misma forma que florece el nenúfar en las aguas putrefactas de los pantanos», dice Khadra, al referirse brevemente al contenido de la novela en un escueto texto a modo de presentación. Y algo parecido se podría decir de Atik Shaukat y el resto de los personajes principales: Musarat, su esposa; Mohsen Ramat y la suya, Zunaira, bellas ninfeas flotando no precisamente en un estanque de Monet, sino en la ciénaga en que se convirtió Afganistán bajo la dictadura teocrática de los talibanes, con Kabul, su capital, «boca abajo, con las mandíbulas quebradas a fuerza de morder el polvo», sin el borroso recuerdo siquiera del «tiempo en que su leyenda rivalizaba con la de Samarcanda o la de Bagdad, en que los reyes recién subidos al trono soñaban en el acto con imperios más amplios que el firmamento...».

En la ciénaga, los nenúfares acaban por contaminarse y pudrirse, y

* *Yasmina Khadra*, *Las golondrinas de Kabul*, traducción del francés de *María Teresa Gallego Urrutia*, Alianza Editorial, Madrid, 2003, 168 pp.